



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

Y VENTA DE ESTE PERIÓDICO.

VALENCIA.—Doña Florentina Cuenca Primitivo.
Kiosco.

CADIZ.—D. Juan Rubio y López. Sacramento, 25.

SEVILLA.—D. Joaquín Nadal.

VALLADOLID.—D. Celestino González. Kiosco de
la Plaza.

CARTAGENA.—D. José Alcaraz y Andreu.

TARRAGONA.—Señores Rabanso y Martí.

BARCELONA.—D. Alfredo Carvajal. Kiosco de *El No-
ticiario Universal*, Rambla de Canaletas (frente al café Con-
tinental.)

ELCHE.—D. José Agulló.

LEON.—D. Juan Presa. Rua, 13.

GRANADA.—D. José Rubio.

SAN SEBASTIAN.—D. Dionisio Bearau.

SANTANDER.—D. Juan Pando.

SALAMANCA.—D. Francisco Rodríguez.

HABANA.—Señora viuda é hijos de Pozo, Galería Li-
teraria, Calle del Obispo, núm. 55, librería.

EL MUNDO ALEGRE.
PERIÓDICO QUINCENAL,

QUE PUBLICA

POESÍAS Y ARTÍCULOS INÉDITOS

DE LOS

PRINCIPALES LITERATOS

Y DIBUJOS DE LOS

MEJORES ARTISTAS.

FOTOGRAFADOS DE LAPORTA

ADMINISTRADOR—PROPIETARIO:

JULIAN RODRÍGUEZ.

CUADERNO 6.—SERIE 1.ª

Precio: 10 céntimos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,
TESORO, 5, BAJO,
MADRID.

MADRID: 1890.—IMPRESA DE JOSÉ CRUZADO, DIVINO PASTOR, 9.



EL MUNDO ALEGRE.

RESUMEN RECREATIVO.



¿Han visto ustedes si están incluidos en el censo electoral?

Porque esto es lo único que hay que ver y en lo que podemos divertir nuestros ociosos habitantes más inamovi-

bles.

Los que nos bañamos durante los meses de verano en nuestra propia salsa.

Tener voto es lo que hay que

tener, después de un tío en Indias.

Hay quien cree que es preferible tener ropa.

Otros suponen que lo principal es tener qué comer.

Seres vulgares que menosprecian sus derechos de ciudadanos, y que se contentan con el cocido y la patata ó la habichuela patriótica.

Gracias á que siempre hay quien acuda á ilustrar á las muchedumbres.

Por esta razón ofrecen varios jóvenes periodistas, ó sea vendedores de periódicos, al ignorante transeunte:

—El librito del sufragio universal, con todas las reglas para

tomar parte en las votaciones que sobrevengan.

Los hombres arreglados compran el librito.

Los políticos de cierta instrucción acuden á la Plaza Mayor para examinar las listas de electores.

Se buscan y no todos se encuentran fácilmente; unos porque no están incluidos en las listas, y otros por no saber leer.

Un sujeto andaba ayer barbeando los tableros, en busca de su nombre.

—Caballero—dijo dirigiéndose á un guardia, que no se dió por aludido al pronto;—¿tendría usted la bondad de decirme dónde están los Pericos?

El agente del orden vaciló.

Pensaba que aquel paisano quería tomarle el pelo ó la crin, porque usaba una cabeza como uno de esos escobillones para limpiar las piezas de artillería.

Después sonrió angelical y benévolutamente, y respondió:

—Vamos, ¿usted busca su nombre en las listas?

—Sí, señor.

—¿Y cómo es su gracia?

—Pedro Romo, de Pedroñeras, vecindado en Madrid...

—¿Romo? Búsquelo usted eso en la *ché*, porque le habrán á usted incluido como «chato.»

En una de las listas expuestas al público, una mano, extraña sin duda al municipio, escribió:

«Zoila Vázquez Barbaji, treinta años, tiple con pupilaje que no es de huéspedes.»

—Hombre—se lamentaba un caballero, al parecer—á mí me ponen Roque y yo no soy Roque, y Gutiérrez y yo no soy Gutiérrez; y dicen que vivo en la calle de Jardines, y habito en el paseo del Obelisco.

—Pues es friolera la equivocación—opino un agente del municipio.

—¿Y en qué ha conocido usted las equivocaciones?—le preguntó otro agente municipal.

—¿Qué, no sé yo cómo me llamo y dónde vivo? Lo único que está bien es el oficio: trapero.

—¿Y no pudiera ser otro sujeto ese de la lista?—pregunto, después de algunos minutos de cavilaciones, el delegado municipal.

—Eso no—objeto el otro, será el mismo sujeto incluido en la lista.

Y á pesar de tener pendientes los votos, han emigrado millares de personas, huyendo del calor.

En Madrid quedan, el alcalde primero, cuatro concejales, los chicos de consumos y los pobres.

Los demás hemos salido para los puertos y para los balnearios.

Hace algunos años era muy



—Yo no se cómo podeis dar tantos platos y tan abundantes por dos pesetas.
¿Comprareis los géneros al por mayor?

—Si, *siñor*; ayer se pagó una cuenta de dos mil y cien pesetas pur la compra de todo el sobrante de las comidas de este mes pasado en la fonda de C....

—¡Córcholis!...

corto el número de habitantes en esta capital que se lavaban la cara.

Después empezamos á lavarnos la cara, dejando el cuerpo abandonado á sí mismo.

Más tarde nos bañábamos en el Manzanares.

Ahora no nos basta el mar.

El número de bañistas aumenta en proporciones alarmantes, y en opinión de un amigo que cultiva la estadística, pronto faltarán aguas para tantos besugos.

Y eso que el colera obliga á retraerse á muchas personas tímidas de suyo.

Hace pocos días, en vísperas de recibir la bendición, se retrajo un novio y dejó á su futura y acompañamiento, esperando para ir á la iglesia.

Lo que el hombre decía:

—¿Si hemos de morir á que precipitar los acontecimientos?

Y es que ya no hay pasiones verdaderas, ni novios auténticos, ni nada.

Veán ustedes otro caso:

Una muchacha y su amante salieron á pasear, ya próximo el obscurecer, uno de estos días, por las afueras de una capital andaluza.

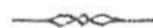
En dulce coloquio, y cuando ya había anochecido, les sorprendió la llegada de los toros que habían de ser lidiados al día siguiente.

El novio apelo á la fuga para evitarse alguna *suerte*, y dejó á su amada sola.

Cuando ésta volvió a verle dos días después le increpó duramente, y él la replicó.

—¿Pero hija, tú creías que estabas en relaciones con Lagartijo?

EDUARDO DE PALACIO.



LA CAMINANTE.

Por el camino adelante
va la gallarda Loreto,
con un andar menudito
y un gracioso contoneo,
y un no sé qué en el semblante,
y un no sé cómo en el cuerpo,
que deja á cualquiera extático
por lo que tiene de estético.

Va contenta, si se juzga
por su canto su contento,
aunque á veces hay quien canta
llevando espinitas dentro.
(Y no aludo á los pescados;
hablo *en tropo*, y yo me entiendo.)

Va la moza ensiuwswada,
desdeñando chicoleos
que la dirigen osados,
cuando llegan á su encuentro,
cien Tenorios trashumantes
vestidos de carreteros,
y algunos guardias civiles
á quienes ve con recelo,
porque *roba* corazones
con muchísimo salero,
y porque *mata* esperanzas

casi siempre recibiendo.

Sigue su ruta la moza
sin variar de movimiento,
ni pararse á beber agua
en algún manso arroyuelo,
ni descansar un instante
para tomar nuevo aliento.

¿Adónde va tan de prisa
la encantadora Loreto,
la del andar meandrito
y el airoso cantoneo?

¿Adónde va por el campo
cantando como un giguero,
la más bella caminante
que han conocido los tiempos?

¿Adónde va, hollando apenas
el camino polvoriento...?

¡Ah, lector! Si eres curioso
y te interesa Loreto,
y quieres de un modo lijó
conocer su derrotero,

te vas tras ella, la alcanzas,
la preguntas al momento

—¿Adónde va usted?—Entonces
ella responde... *¡laus Deo!*
pues lo que es yo, ni lo sé...
ni me hace falta saberlo.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

ALLÁ VA ESO.

No es un estreno teatral, ni
un caso de cólera mormón, ni
una piedra.

Es una fantasía, pero no mo-
riscosca, como la del insigne maes-
tro Chapi.

Peru fantasía *à fantasia* to-

mada del natural como suelen
ser las fantasías: tomadas de al-
guna parte.

Habia indicios.

En las primeras horas del a-
manecer, al rayar el alba, que
nada tiene que ver con el apre-
ciable actor padre de la simpá-
tica hija y aplaudida artista
Leoradia, aparecieron densos
nubarrones de Manila; ó sea co-
mo «mantones de Manila, clási-
cos» que dicen las empresas
cursis de los bailes públicos ve-
laban á ratos la luz del sol.

Desplegábanse en guerrillas,
como avanzadas de la tormenta.

Poco á poco fueron agrupán-
dose y fusionándose, hablando
con perdón.

Después derramaron los án-
geles y querubines algunas go-
tas de llanto, supongo que se-
rían lágrimas, porque los queru-
bines no pueden derramar otra
cosa más que lágrimas ó saliva,
por su constitución incompleta.

Cada querubín está reducido
á una cabeza, como Vds. saben,
con dos alas de mosca.

Es de creer que no coman por-
que no tienen donde recibir el
alimento.

Pero el sol triunfó de las ma-
quinaciones de las nubes y aso-
mando su fisonomía de tahone-
ro francés rollizo, dijo sonrien-
te al vecindario de Madrid:

—Podéis echaros á la calle y aun tomarme, si gustáis de ello, en verano, porque hay personas para todo.

Y esto en día festivo es una proclama subversiva.

Las familias honradas, que las hay á pesar de todo, fluctuaban entre los espectáculos propios de la estación y el paseo.

Después de algunas horas volvieron á presentarse nubes que cubrían al sol.

—¿Quién estará fumando ahí arriba?—se preguntaron algunos sujetos de los que se preparaban para echarse á la calle.

Y tornó á despejarse la atmósfera y salieron de mundos, cómodos y roperos los trapos de día de fiesta.

—¡A vestir los niños!—rugieron algunos padres.

—¿Adónde vamos?—preguntaba la esposa respectiva.

—Si supiéramos que moría hoy algún novillero, iríamos á la plaza de toros, para que se distrajeran los chicos.

—¡Quién sabe, hombre! Puede que sí; no seas tan desconfiado.

La muchedumbre se lanzó á la calle, al campo y algunos á los circos y á los novillos y á los teatros de la estación.

El sol quemaba.

Pero no se puede confiar ni en lo que se ve.

De repente, cuando ya estaba desparramada la población ga-

nosa de aire puro y de desahogo, cayeron algunas gotas de agua.

Las gotas pasaron á ser chaparrones.

¡Qué lamentos! ¡qué confusión! ¡qué apiñarse la gente en los portales para resguardarse del agua!

Tranvías y ómnibus, asaltados á puñetazo limpio, eran insuficientes para contener las aspiraciones de la muchedumbre.

Los coches de alquiler pasaban como meteoros.

Hubo caballero transeunte que metió la cara en barro como el *tío conejo* de Mairena, señoras á medio desnudar en las apreturas y niños espantados.

—¡Cochero, pare usted!—gritaba algún transeunte con canchales, viendo la salvación del vestido de seda de su esposa, de su propia levita, de su sombrero lustroso y nuevecito, y por fin la de su esposa.

Pero el cochero continuaba sin atender las reclamaciones de los pobres naufragos.

—Voy cargado—decía alguno, hablando técnicamente y arreando al jaco.

—No es verdad—protestaban los infelices.

—¿Adónde van ustedes?—preguntaba algún otro.

—A la calle de Segovia, número...

—Es muy lejos.



PELLICER,

© *Biblioteca Nacional de España*

Y seguía su marcha.

—¡Hombre! que te dare propina.

—Voy á relevar que les lleve á ustedes el dios *Nocturno*.

—Guardia, detenga usted á ese coche.

—No es de mi distrito.

—¿Es decir que los coches de punto no sirven más que para días claros?

—Eso dígaselo al alcalde ó al gobernador, ó á cualquiera; ¿á mí qué me cuenta usted?

Entretanto se desteñían algunas señorilas rubias *per accidens* y otras de pelo negro se volvían tordas.

Algún jinete de Cilla ó Mecachis regresaba en liquidación.

—¡Pobre muchacho!—decía una señora refugiada en un portal.

—Cuando llegue á su casa tendrán que lavarle con bayeta—opinaba otra señora.

¡Cuánto vestido de gala perdido!

¡Cuántos sombreros convertidos en barretinas!

—Pues mire usted—observaba un torastero abrigado en un portal entre otras personas—cada gota de agua en este tiempo es un pan.

—¡Ojalá cayeran esas brevas!—exclamó uno al parecer esqueleto de instrucción primaria.

J. R.



scotills

DESDE EL SARDINERO.

A UN AMIGO FUSIONISTA EN MADRID.

¿Con que salir no puedes de ese horno en que te estás asando *mayormente* al calor ó al bochorno

de esa temperatura incandescente
que os pone hasta canijos
y hace que el agua hierva en los botijos?

Tú, que tanto anhelabas
que llegasen de Agosto los calores,
allá por Mayo, cuando proyectabas
venir como en los años anteriores
á presenciar las pescas
en la mar y á comer sardinas frescas,
te ves, por tu desgracia, precisado
á quedarte en Madrid, ¡oh suerte impia!
por haber trastornado
tus planes la traidora cesantía
cuando entró en el poder por un portillo
Cánovas del Castillo,
matando de este modo tu esperanza
la maldita cuestión de confianza,
que aplazar debió *el otro* con amañeos
hasta que tú volvieras de los baños!

Es justo que deplores tu mal sino
que de la suerte te cerró el camino;
pero que te consueles pronto espero
al saber que el que ocupa tu destino
no ha venido tampoco al Sardinero,
pues los conservadores que han entrado
en el poder, usando de sus mañas,
dicen que han encontrado
las cajas de los fondos del Estado
llenas de telarañas,
y son, estando así tan miserables,
irregularizables!

¡Mira que es fuerte cosa! Los caídos,
no podéis de los viajes con la carga,
porque hay que ahorrar los cuartos adquiridos
por si la cesantía se hace larga;

y los que con empeños
 ahora salieron de la cesantía
 se tendrán que bañar en los barreños,
 porque no tienen cuartos todavía.
 ¡Esto demuestra que es hasta inhumano
 plantear una crisis en verano!

* * *

Me envidias con razón que aquí resida
 por la temperatura,
 por la playa de conchas guarnecida,
 por el paisaje lleno de verdura,
 por estos panoramas pintorescos,
 por estos hondos valles tan bonitos,
 por los pescados frescos,
 —¡frescos los llaman y los comen fritos!—
 por estos verdes prados,
 por estos horizontes dilatados
 y por estas muchachas costureras
 que son guapas de veras.

Tienes razón en envidiarme, vaya,
 pero, principalmente,
 cuando doy un vistazo por la playa,
 cosa que suelo hacer frecuentemente.

¡Si vieras qué figuras,
 unas encantadoras y otras feas,
 se meten en honduras
 cuando suben y bajan las mareas!

Ya es una maravilla
 de mórbidas y suaves redondeces
 que exhibe con valor la pantorrilla
 sin miedo á ser picada por los peces
 — á los peces anfibios me refiero
 que abundan mucho aquí en el Sardinero. —
 Ya es una gordinflona

parecida á un tonel de Valdepeñas,
que cuando entra en el agua su persona
se estremecen las peñas
y sube la marea de repente
asustando á la gente.

Ya un señorito escualido y flacucho,
que presume de guapo y de buen mozo
y que al decir á una: «Te amo mucho»
hace en su corazón ella un destrózo
llamándole *serrucho*
ó tísico, ó endémico, ó enclenque,
ó esqueleto de arenque!

Ya un Adán y una Eva que, nadando
se han ido casualmente aproximando
y se zambullen ambos de repente
dentro del agua coincidentalmente,
quedándose en besugo convertido
por *lo escamado* el infeliz marido,
que ve desde la orilla
la desaparición de su costilla;
por cuyo trance fiero,
de la cabeza se le va el sombrero,
aunque en breve la ve salir á flote
con aquel hugonote.

Ya una gruesa jamona
que agarrada á la cuerda allí se explaya
y una ola muy guasona
la iza toda la saya
sin darse cuenta de ello su persona,
pues continúa muy tranquilamente
las espaldas al público volviendo
que se rie á mandíbula batiente
al ver desde la playa, que es de Pombo,
¡aquel inmenso bombo!

Y hay alguien de Grijota que se estrena,

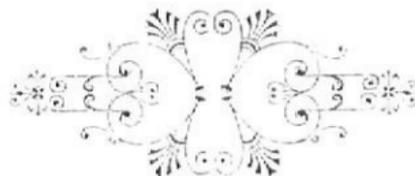
y de terror el mar tanto le llena,
 que á pasar no se atreve de la orilla
 donde envuelto en su traje de lamilla,
 toma baños de arena!

Así como también es muy frecuente
 de una caseta ver salir pareados,
 después de ya bañados,
 a dos que son de sexo diferente
 y tropezar con uno de su aldea,
 por su mala ventura,
 que le dice al varón, sin mala idea:
 — ¡Concho! ¡Aquí el señor cura!



De todas estas cosas yo me enteré
 mientras que tú en Madrid pasas berrinches.
No seas tonto, vente al Sardinero
 huyendo de las chinches
 de las que la mayor será el casero;
 y á éste, de caridad dándole pruebas,
 ¡perdónale el dinero que le debas!

JOSE ESTRASÍ.





- Que queden muy blancos, ¿eh?
- Descuide *esté*, señor militar.
- Que me puedan servir luego pa llevarlos sin lavar dos meses.

ORIGINALIDADES.



caza de ellas, es decir, á caza de originalidades andan estos días, como á caza de gangas los aficionados á registrar documentos curiosos, leyendo y relejendo las listas electorales, fijadas ya—según he oído decir, porque verlas aún no las he visto—en la Plaza Mayor, (ALIAS) Plaza de la Constitución; si bien este nombre, poco grato á los monárquicos de abolengo, ha caído en desuso; y cuando encuentran un ciudadano que no sabe leer y es por ejemplo catadrático de literatura, ó un elector que no sabe escribir y es elevado funcionario en el Ayuntamiento, ó un vecino que es de profesión *caballería* ó *taberna*... ó cualesquiera otros gazapos por el estilo, brincan de gozo y aguzan el ingenio para lanzar epigramas saladisimos contra los que han elaborado esas listas.

Pero en el fondo, como comprenden ellos mismos, la cosa no tiene importancia; que al formar listas de esa extensión y al formarlas precipitadamente, trabajando acaso en horas ex-

traordinarias, se hayan deslizado algunas equivocaciones, no es extraño, antes parece natural y lo raro habría sido que no se deslizaran. Que de esos errores, excusables sin duda, se haya sacado partido por dar algunas bromas á los conservadores y decir media docena de chuscadas á las autoridades, corriente; la cosa se prestaba y no era bien que se desaprovechase; pero es evidente, que ni embromados, ni embromadores, han tomado este asunto en serio; ni había para qué. Pero tratándose de cosas originalísimas sería en verdad imperdonable no mentar siquiera una *función*, que debe de haberse verificado hace pocos días en la plaza de toros de *San Sebastián*... y digo que debe de haberse verificado, porque en realidad, desde que la vi anunciada no he vuelto á tener noticias de ella, y no sé si al cabo se efectuó ó no se efectuó.

Ello, según los periódicos dijeron, era una festival organizada por la Sociedad *Unión Artesana*, en obsequio á la *Real Familia*; lo cual me hace sospechar que en esa *Unión Artesana*, debe de haber muy pocos artesanos. Dejando aparte consideraciones impertinentes, diré á ustedes, por si acaso no leyeron, como leí yo, el anuncio de la festival que la figura principal

de ella era el *Aita Josepe*, ó sea padre de todos los individuos que en la comparsa figuran; y crean ustedes que pone asombro en el espíritu menos asombradizo y lleva espanto al corazón menos medroso esta paternidad de *Aita Josepe*, porque es bien advertir, que la comparsa, cuyo padre es el ya repetido *Josepe*, se compone de las personas que ustedes van á leer (si quieren):

Cincuenta músicos; vestidos con pantalón blanco, blusa azul y gorra á la marinera; pero en fin, el color de los pantalones y el de las blusas, no quita ni pone al número de hijos: *van cincuenta*.

Cien coristas, divididos en tres grupos y disfrazados también de marineros; el disfraz es lo de menos: *cien hijos más*. Suma y sigue.

Veinticuatro jóvenes en calidad de grumetes; ¡jóvenes en calidad de grumetes! no sé lo que eso quiere decir; pero quiere decir una cosa ú otra, el hecho es, que se trata de otro par de docenas de hijos del padre *Jusepe*, que nos va á resultar un padre Adam.

Y continúa la enumeración de tan dilatada familia.

Dieciséis parejas de baile, vestidas con traje corto... etcétera; hago á ustedes gracia del traje: son treinta y dos hijos más...

No pierdan ustedes la cuenta.

«*Y doce marinos viejos*...» (vamos, los hijos mayores) atrás... cerrando la marcha.

Resulta, pues, que el *Aita Josepe*, á quien bien podría llamarse *Jusepe ahito*, tiene una descendencia de *doscientos dieciocho* hijos, entre músicos y danzantes; marineros jóvenes y marinos viejos.

Pero es necesario tener en cuenta, que según rezaba el Programa—del cual copio todos estos datos—había además en la comparsa... verán ustedes lo que había:

«Una carroza representando á Neptuno, tirada por cuatro caballos lujosamente enjaezados.»

De cómo una carroza puede representar á Neptuno, no me hago cargo; pero allá, los organizadores de la función arreglarán eso; para mí lo esencial es, que por aquí le salen al padre *Jusepe* otros pocos hijos: Neptuno, y los cuatro caballos enjaezados, que al cabo por muy solipedos que sean, individuos son, que figuran en la comparsa.

La cual comparsa, así en globo, recibe el nombre de *Iruchulo*, y después había de hacer en la plaza de toros varias evoluciones, en cuya descripción no me detengo porque sería demasiado extensa la pintura y

muy deslucido el trabajo; pero vamos, ¿no es verdad que es originalísimo ese padre *Ailu Josepe*, que festeja a la *Real Familia*, exhibiendo en la plaza de toros tan numerosa prole?

¡Espanta pensar lo que costará al padre Josepe la manutención de sus hijos!

A. SANCHEZ PÉREZ.

CORRESPONDENCIA

Queridísima Consuelo.
Dieciséis, San Sebastián.
Perdona que distraída con lo que hay que ver acá no me haya dado más pronto al género epistolar.

No te cuento mi viaje que, como te supondrás, no ha tenido peripecias que se merezcan narrar.

Sólo diré que á mi lado iba un joven capitán, que, *sobre todo de noche*, no me dejó un punto en paz.

El hombre quedó en Vitoria, y ¡ay Dios! *si tardamos más*, sospecho que con *e* escribe el nombre de la ciudad.

La primera vez, Consuelo, no me ha impresionado el mar, que en el mar á ciertas horas agua se ve... y nada más.

Pero ¡ay! a la hora del baño tiene mucho que admirar,

que hay cada pez en las olas que es una barbaridad.

Aquí el pudor tiene ratos en los que nos deja en paz, ó al menos en que permite cierta liberalidad.

Pongo por caso, de noche fuera hasta un crimen mostrar por encima del zapato, dos deditos nada más.

En cambio por la mañana somos dueñas de enseñar, cuando entramos en el agua, lo que el sol no vió jamás.

Cuando se improvisa un baile de buen tono en la *Kussal*, siempre mantiene á distancia una dama á su galán.

Mas, de día es otra cosa; ¿qué Eva, aprendiendo á nadar, no se abandona en los brazos de cualquier desnudo Adán?

Hija, aquí se aprende mucho, mamá ha aprendido á jugar, y papá ya paga cuentas de alguien que no es mi mamá.

Yo he aprendido ciertas cosas que á mi regreso sabrás, *pues también sé que no todo se debe al papel fiar*.

Hija, esto de los viajes da una instrucción colosal, pues ahí quietas, no sabemos de la misa la mitad.

Hay que vivir con el siglo, nos debemos ilustrar; yo, en el mes que aquí llevamos soy casi doctora ya.

Si logras de tu abuelita que te mande por acá,

tú verás cuánto te instruyes
sin hacer más que observar.

Si no vienes, por desgracia
pronto en Madrid me verás,
y juntas comentaremos
las ventajas del viajar.

Mientras, recibe un abrazo
á cuenta de muchos más,
que espera darte muy pronto
tu amiga de siempre,

Paz.



No sé por donde ni como
pudo á mis manos llegar
esta epístola, modelo
de candor é ingenuidad.

Yaunque está escrita sin dula
de la péñola al volar,
y no pretendió su autora
darla á la publicidad,
sea ó no sea indiscreto
la ofrezco tal como está,
por lo que con ella gane
la virtud y la moral.

ANGEL R. CHAVES.

DEL NATURAL.

Manon Lescaut, La dama de
las Camelias, y otras mujeres,
que al decir de ciertos autores,
vendieron su cuerpo, y cuyos
extravíos disculpa el senti-
miento porque no puede perdo-
narlos la razón, han servido de
modelos á una tal Margarita,
salida, no sin esfuerzo, del ca-

letre de César Valcárcel, cuba-
no él, y malito como literato,
hasta el punto de que no hay
más que pedir.

La susodicha Margarita, lec-
tor, es como aquella Helena, es-
posa de Menelao; una víctima
del destino y del apetito de
los hombres adinerados. Vamos,
una flor de delicado perfume,
que crece en el fango, como di-
ría cualquier poeta lírico me-
nor de edad.

El autor de semejante mara-
villa, exclama muy orondo:—
Margarita es muy noble, aun-
que le esté mal el decirlo; no
especula, no se degrada y tiene
un corazón puro como el de las
vírgenes de Sión; y cuenta, lec-
tor amigo, que la moza corretea
de lo lindo, muda de amantes
como de camisa, y conoce á
fondo ciertos refinamientos eró-
ticos, capaces de hacer saltar la
capa á la estatua de Mendizá-
bal, que por cierto la tiene bien
asida.

No me choca pureza tan á
prueba de calles, y digo que
no me choca, porque *La tia
fiagida*, aderezaba cuantas ve-
ces era necesario el apelecido
manjar de su supuesta sobrina,
que á la postre, casó con cierto
estudiante extremeño que la
tenia por honrada é inocente.
Como el caso en cuestión es el
caso eterno, ¿quién me asegu-
ra, no es Margarita descendien-

te de la que describió Cervantes y Valcárcel el ciego estudiantillo?

Nada, nada, problema, mejor dicho, *estudio psicológico* es éste á lo López Bago, corregido, aumentado y destrozado por el *naturalista* Valcárcel.

Como la mozueta es de suyo aprensiva, al verse maltratada por la suerte, se desespera; deshácese en un mar de lágrimas, ó se consuela á sí misma, pues tanto monta el llorar según un fisiólogo: piensa en su hijo, y en las afrentas que recibe de la sociedad, hasta que muere de una hemorragia, y acaban sus penas y la novela.

Margarita es una víctima del vicio, ¡pobrecilla! y algo así como una pária cubana, pues supongo es en Cuba donde pasan tantas tragedias épico sociales.

Aleazar, ó sea el amante semi-platónico, semibobo de Margarita, es un Armando de baja estofa, con sus puntas y ribetes de canalla. No comercia con los encantos de su querida, no es un explotador cínico del pudor femenino, pero es un rufián de tomo y lomo.

A esto le llama Valcárcel representación ó alegoría del romanticismo literario, y para establecer contraste, afirma es Margarita el realismo contem-

poráneo. Niego. Ambos á dos son cualquier cosa, dos perdidos, y el arte es la belleza y la idea, no el *efectismo fisiológico*, barato á lo Valcárcel, que por lo visto, está dejado de la mano de Dios cuando escribe novelas de tesis que nada prueban. Si acaso, prueban que es hombre de pocas letras y un romántico á la moderna, es decir, llorón sin ingenio y malhumorado, porque no puede hacer lo mismo que en otros censura.

Del natural, no es una lección severa ni muchísimo menos, como pretende Valdivia: es una brutalidad.

Las caídas de Margarita no las disculpa el amor que tiene á su hijo, ni el abandono en que la dejara su primer Leandro, cuando menos el medio en que se mueve. Esto, señor mío, es sentimentalismo rebuscado, puro sentimentalismo de quita y pon.

Y para terminar el presente apunte.

El estilo de Valcárcel es pésimo. Sin duda ha olvidado que en la novela debe ser correcto y elegante, pues demuestra desconocer tan capital precepto. Es tan brusco, tan hueco su estilo, que se asemeja á carretilla rodada sobre cantos y á solo de trampa mal tocada. En cuanto á novelista, no es novelista, pero es atrevido, y algo



Estos dos que se han casado
hace sólo mes y medio,
este verano se van
á las playas... de Pozue'o,

es algo, permítaseme el retruécano,

¡Mire usted que pretender escribir la historia de la mujer caída, es mucho cuento!

¿No sabe su merced ¿desgra-

ciado! que esa historia está por escribir todavía, y que Víctor Hugo lo intentó, creando las simpáticas figuras de Fantina y de Marión Delarme?

ALONSO Y ORERA.

EL ELEFANTE.

(CUENTO.)

Un paleta que á Madrid vino en tiempo de verano, tuvo ocasión de admirar un elefante amestrado.

Y, cuando al pueblo volvió, fue el suceso divulgando, dejando á los que le oían, con su relato, asombrados.

— De *too* lo que he visto—dijo—^{—s} fué lo más *estra ordinario* el *alifante*.— Y ¿qué es eso?— los demás le preguntaron.

— Es un animal *mu* grande, tanto como dos caballos, que hace cosas *mu* *maníficas*, porque lo *lieca enseñao*.

Toca el violón y la flauta, se bebe de vino un cántaro, y come, *¡juá!* que nosotros, junto á una mesa *sen'ao*.

Pero lo más sorprendente, lo que me *ejó es'apafato*, es que toca, bebe, come,.... y *too* lo hace con el *vabá!*

RICARDO SOTO.

CUENTO.

Un capellán y un muchacho,
 después de varias visitas,
 caminito de su pueblo
 de regreso de la villa
 marchaban muy silenciosos,
 el buen cura en su borrica,
 á pie el chicuelo, y los dos
 con terrible hambre canina;
 cuando un succulento pavo
 presentóse ante su vista,
 y al verlo el hambriento padre
 exclamó:—Cógele aprisa,
 tuércele el cuello, muchacho:
 ya verás cómo lo aliña
 y qué bocado tan rico
 hace con el Rosalía.

.....

 Pasó tiempo. Llegó Pascua.
 Pascua que llaman florida,
 y el muchacho á confesarse
 acudió como debía;
 diciendo, entre otras cosas
 que no debo repetir las:
 —Me acuso, padre, me acuso
 de que un pavo robé un día.
 —¡Cómo, un pavo! ¿un pavo dices?
 ¡Jesús, que acción más inicua!
 ¿Tú no pensaste la falta
 que á sus dueños les haría?
 Por fuerza estás condenado,
 y hacer debes enseguida
 una fuerte penitencia.

¡Qué crimen! ¡Virgen María!
 ¡Un pavo! ¡Robar un pavo!

—Pero, ¿por qué tanto chilla,
 si usted fué quien me mandó
 echarle la mano encima
 cuando volvíamos de hacer
 aquellas cuantás visitas?

—¡Aquél! ¿y lo llamas pavo?
 ¡Hombre, si era una pavilla!

M. MARZAL Y MESTRE.



—; Y dale con el naufragio universal! Estos periodistas nun saben hablar de otra cosa.

Epigramas

No puedo ver ni en pintura
a esa mujer, dice Pedro;
y en efecto, el pobrecillo
hace seis años es ciego.

JESUSA DE GRANDA.



Tan afecta era á refranes
la anciana doña Canuta,
que ayer al morirse, dijo:
«¡Más vale tarde que nunca!»

EMILIO C. OLÁBAN.



—¿Ha estado usted en Sevilla?
—Fuí *debajo* varias veces...
—¿Cómo de bajo? ¿Usted canta?
—No me entiende usted, don Lesmes:
debajo... de los asientos
para no pagar billete.

JULIO SOTO



Dice Marcos por doquier,
cual si fuera una proeza,
que el tener buena cabeza
se lo debe á su mujer.



Jugaban Julio Canto
y don Telesforo Santos,
una partida á cien tantos,
al juego del dominó;
y, aunque Julio iba con viento,
y llegó hasta los noventa,
Telesforo, de los treinta,
se fué de un salto hasta el ciento.

MISCELÁNEA

LIBROS.—*Magia y Física recreativa*; obra póstuma de Robert Houdin, traducida por M. A. Tahir, y editada con lujo por la casa editorial de D. Pascual Aguilar, Valencia.

Dicha obra es sin duda uno de los mejores tratados de prestidigitación, y contiene la explicación de curiosos y sorprendentes experimentos.

Está ilustrada con profusión de grabados.

Precio: 3 pesetas.

De venta en todas las principales librerías. Los pedidos á D. Pascual Aguilar, Caballeros, núm. 1, Valencia.



A la hora de entrar en prensa el presente cuaderno no hemos recibido el artículo de nuestro distinguido compañero D. Luis

Taboada. ¿Tendrán la culpa de ello los nunca bien ponderados empleados de Correos...?

Creemos que sí, porque el Sr. Taboada no se olvida de los amigos.



¡Y va de errores! En nuestro anterior cuaderno, y en la sección *Epigramas*, aparecieron varios de estos indebidamente firmados por D. Luis Luzano, puesto que sólo es suya el último, perteneciéndulos restantes á nuestro compañero el señor Solo.

Lo sentimos y procuraremos que no se repita.



Quisiera verte llorar
para tener el placer
de poderte consolar.

A nadie puede engañar
la que va con su marido,

si se pone colorada
al saludarla algún *primo*.

LEÓN PARDO.



Vamos; estoy convencido; no sirvo para guardar secretos. Hace días estuve hablando con el propietario de EL MUNDO ALEGRE, y me manifestó la idea—que yo aprobé con verdadera satisfacción—de que escribiera en nuestro periódico el repudado crítico D. Leopoldo Alas (*Clarín*); y, habiendo quedado completamente conformes en lo que se refiere al asunto, tengo el gusto de participárselo á ustedes, en la firme creencia de que ha de agradarles la noticia.

Si, señores, desde el próximo mes de Octubre honrarán las columnas de EL MUNDO ALEGRE los tan celebrados *Paliques* de *Clarín*.



Afirman que das el opio,
pero eso es mucho afirmar;
porque los que tal afirman
no saben lo que tú das.

VICENTE E. RVE.



El colmo de la tacañería:
Un pobre se acerca á un avaro y:

—Señorito, deme una limosna, que Dios se lo *pagar*á—le dice.

El avaro se lleva la mano al bolsillo, saca una moneda de dos céntimos y se la da, diciéndole:

—Bueno, tome usted; pero hágame un recibo para írselo á *cobrar* á D. Dios.



Si yo me volviese Adán
y tú fueses la manzana...
á riesgo de condenarme
¡qué buen bocado te daba!

E. CASANOVA.



Aunque nos habíamos propuesto destinar para la *Correspondencia particular* solamente una página en cada cuaderno, en el presente nos hemos visto en la precisión de hacer más extensa dicha sección á causa de la gran cantidad de originales recibidos durante los últimos días.



Correspondencia particular.

Por si acaso.—Por eso; por si acaso nos denuncia el fiscal de imprenta, no la publico.

S. P.—¿Conque salió todo eso de la estatua? ¿Y el traperero le dió veinticinco duros? ¡Vaya, hombre; qué cosas pasan!

El duende.—*Pos...* no sirve, porque es muy indecente.

Un consonante en osgo.—Tampoco sirve. ¿Que si admitimos prosa? ¡No, por los siglos de los siglos, amen!

R. O. L.—Barcelona.—Eso es una colección de versos de todos tamaños. Pero, lo que usted dirá: las sílabas que les falten a unos les sobrarán á otros... y *pofo*.

E. L. y B.—Madrid.—Crea usted que tengo ganas de complacerle, pero por hoy aún no puede ser. No acaba de gustarme lo que envía.

T. Ra P. U. Tío.—Aprovechará alguno.

Kan-K-ma-mola.—*Ho*, amado *Kan-K-ma-mola*, no mande la firma!

El loco.—N. P. G. y V.—Madrid.—¿Me quiere usted decir en que metro está escrito eso? Porque por un lado parece romance, y por otro... un metro nuevo inventado por usted, con asonantes y consonantes.

ééé....???—Madrid.—*¡¡¡...!!!*
Ya está usted contestado.

Tanhauser conservatruu.—No lo puedo publicar porque es muy flojo el epi-trun, quírrin, quírrin, quírrin, es muy flojo el epigrama.

Lolo y Asuqui.—Madrid.—No señor: no puedo darle *carida*.

Hanqui-Pauki.—Santander.—Recuerdo haber leído algo de usted mejor que lo que uos manda.

Yo y Tú.—Madrid.—Ese asunto está ya muy gastado. ¡Ah! habrá quien escriba Madrid con *huche*, pero usted escribe *olbidac*... y vayase la una por lo otro.

L. M. F.—Madrid.—En el cuaderno 4.º le dije á V. que versificaba bien; pero en este... ¡ay! en este me veo precisado á decirle todo lo contrario, porque *eso* es malo en grado superlativo.

Cancla.—¿Lo ha hecho usted en guasa? De otro modo no se comprende aquello de

LOS PAJARILLOS.

—

“Alegres los pajarillos
están en la enramada,
y sus padres los pobrecillos
no saben nada.”

Y no sigo copiando, porque para muestra basta con una barbaridad.

Sta. J. de G.—Madrid.—Por hoy no puedo publicarle más que eso. Si en lo sucesivo remite alguna cosita, procure que no sea muy seria... y que no esté publicada.

A. de la R.—Madrid.—Lo siento mucho, pero no acostumbro á corregir, á no ser que se tratara de alguna pequeñez. Así pues, espero nueva ocasión de complacerle.

(Se continuará...)

EL MUNDO ALEGRE

se publica quincenalmente formando un cuaderno de 32 páginas en un todo igual al presente.

Lleva artículos y poesías de nuestros principales literatos y retratos, y caricaturas de los mejores dibujantes.

UN NÚMERO SUELTO

10 CÉNTIMOS.

Por suscripción: UN SEMESTRE, Una peseta.

A los corresponsales se les remitirá la liquidación á fin de cada mes, y dejará de serlo el que no haya satisfecho el importe de su cuenta antes del día 10 del mes siguiente.

ADMINISTRACIÓN

TESORO, 5, BAJO.

KIOSKO DE LA UNIVERSIDAD,
Plaza de Santo Domingo.

Horas de despacho: en el primer punto de 2 á 6; en el segundo, todo el día hasta las doce de la noche.

